

**Ruth Berins Collier, *The Contradictory Alliance. State-Labor Relations and Regime Change in Mexico*, Berkeley, University of California, 1992**

Claudio Jones Tamayo

**E**n una época en que en las nuevas democracias de Europa y América campea una variada literatura comparativa dedicada al análisis de las instituciones políticas, obras como *The Contradictory Alliance. State-Labor Relations and Regime Change in Mexico*, de Ruth Berins Collier, adquieren un atractivo especial si lo que se quiere es reconsiderar el papel de grupos y clases sociales en la arena política y frente a los partidos. El interés de esta obra se debe no sólo a que señala atinadamente la contradicción entre reformas económicas de tipo "neoliberal" y los términos básicos de la "alianza histórica" entre el Estado posrevolucionario y el movimiento obrero como un factor de relevancia política, sino al vínculo efectivo que ello pueda tener con el cambio de régimen. Esto es muy importante si se tiene en cuenta que el acertijo que suscita en la investigación la relación Estado-movimiento obrero de unos años a esta parte, es la peculiar resis-

tencia o continuidad de aquella alianza, aun a pesar de que el otorgamiento de espacios políticos y prebendas para los líderes a cambio del control de las demandas obreras y la movilización política para el régimen, es un "toma y daca" casi agotado. Ello porque los términos de la alianza Estado-movimiento obrero empieza a ser más un costo que un beneficio en el contexto de una economía abierta en la que ya no se precisa de pactos macroeconómicos de estabilización, y en el contexto de un sistema electoral francamente competitivo.

Además de ofrecer un argumento sobre la importancia de la relación Estado-movimiento obrero, *The Contradictory Alliance* apela a un género de política comparada que, en busca de explicaciones sobre el cambio de régimen, pone de relieve teorías del cambio político centradas en macroestructuras sociales y sistemas de partidos en una perspectiva histórica. Con una lectura semejante, el cambio de régi-

men no es ya producto única o primordialmente de las vicisitudes de corto y mediano plazos que enfrentan las elites del viejo régimen autoritario frente al problema de la legitimidad, y que conducen —de un modo u otro— a transiciones políticas, tal vez en un sentido democrático. El cambio político es explicado aquí como el resultado de una coyuntura crítica específica del proceso histórico latinoamericano. Durante dicha coyuntura —los tiempos del cardenismo en el caso mexicano— la arena política se abrió a la incorporación de las clases populares, típicamente como resultado de cambios sociales profundos obtenidos de la industrialización. Dicha incorporación cristalizó, desde luego, en un sistema hegemónico en el que la inclusión del movimiento obrero se resolvió de distintas formas, dejando su impronta sobre el desarrollo político subsecuente (*i.e.*, la exclusión repetida del peronismo de la arena política en Argentina, la hegemonía no sólo electoral sino sociopolítica del PRI en México durante varias décadas).

Es crucial advertir, desde luego, que el factor clave para que el cambio social impulsado por la industrialización lograra cristalizar en la arena política (el sistema de partidos), requirió lo que podríamos llamar un “seccionamiento” de la sociedad en términos eminentemente políticos (es decir, un *cleavage* en términos del libro). Según el argumento de la autora, el “seccionamiento” no es otra cosa que la división social que coloca a la clase obrera como un grupo claro y distinto frente al capital, con intereses particulares que se traducen en

alianzas con los partidos emergentes alrededor de asuntos-tema clave (los nuevos *issues* de la vida política). Otro seccionamiento importante fue el que separó, mucho antes, a la oligarquía terrateniente de los sectores medios que encabezaron el movimiento revolucionario. Hasta no presentarse una nueva coyuntura crítica, la autonomía de lo político vuelve a consolidarse por un buen tiempo y es redefinida por aquella primera coyuntura, caracterizada por la incorporación de la clase trabajadora y otras clases populares en la arena política posrevolucionaria.

Pero más allá de la coyuntura crítica, cuyo signo fue la incorporación de las masas a la política en México y en el resto de América Latina —como se analiza en *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement and Regime Change Dynamics in Latin America*, escrito por la propia Ruth Berins Collier y su esposo David Collier—, la pregunta interesante que la autora plantea es si se ha presentado una nueva coyuntura que redefine al sistema de partidos. En tal sentido, la experiencia mexicana no representaría una excepción sino un caso particular de un proceso más amplio, es decir, la democratización latinoamericana de fines de siglo. Lo central, pues, en este “nuevo” momento político (que se puede ubicar quizá entre 1980 y 1988, cuando las reformas económicas se vuelven decisivas), es que las decisiones de los actores del presente sellarían el destino del sistema de partidos, muy probablemente señalando el tránsito de un sistema de partido “único-dominante” a otro en el que existiera una presencia mayorita-

ria del PRI frente a sus serios competidores, el PAN y el PRD, o uno francamente multipartidista.

Para Berins Collier, el éxito o fracaso de "los liberalizadores" de la elite política al inicio de los noventa sería crucial para redefinir al PRI frente a un sistema electoral crecientemente competitivo, teniendo en cuenta —justamente— que la "alianza histórica" del partido con el movimiento obrero pasa ineludiblemente por las contradicciones propias que trae consigo la reforma de la economía. La autora tiene desde luego la certeza de que el cambio en la base social del régimen mexicano, típicamente basada en la inclusión de obreros y campesinos organizados al centro del proyecto de desarrollo nacionalista, es y será una pieza fundamental del derrotero que pueda tomar el sistema de partidos. Este sistema puede llegar a uno de tres estados posibles de la realidad política. El primero se describe como una situación de dominio del PRI y reacomodos parciales para la oposición, en donde las bases sociales del régimen no se alteran sustancialmente y por tanto la "alianza histórica" permanece fundamentalmente inalterada. El segundo muestra un contexto donde el PRI conserva una fuerza mayoritaria o una pluralidad, pero en el que la base social del régimen se altera y donde, específicamente, la coalición se desarticula con el movimiento obrero. Por último, una tercera posibilidad muestra un cambio total de las bases sociales del régimen, en donde se desata la plena competitividad del sistema de partidos, lo que lleva a un claro multipartidismo.

Hacia el final de la obra se advierten estas alternativas para el sistema de partidos; al respecto la autora afirma que exactamente al inicio de la década de los noventa, es claro que algunos actores clave desde la presidencia ven la alianza con el movimiento obrero más como un pasivo que como otra cosa. Junto a ello, la dirección del cambio político hacia la liberalización más o menos controlada o gradual pone a México en el segundo estado de cosas arriba señalado (desarticulación de la alianza con el movimiento obrero y competitividad electoral con una situación apenas prevalectante por parte del PRI).

No sería justo señalar la ausencia de un mayor examen del escenario que, por lo pronto (1990), ya se deja ver en un México francamente inmerso en la dinámica del cambio de régimen, donde además el movimiento obrero se fragmenta a todas luces. Lo que ha pasado desde entonces parece congruente con las expectativas de Ruth Berins Collier, en la medida en que la competitividad del sistema es cada vez mayor, la "alianza histórica" muestra cada vez más señales de crisis y los partidos (PAN, PRI y PRD) se ven incentivados a apelar a una sociedad donde cualquier coalición ganadora sería sin lugar a dudas multiclassista. La pregunta que queda abierta a partir de *The Contradictory Alliance* es si el movimiento obrero mexicano, ya compuesto por distintas corrientes, tendrá un papel sobresaliente en la democratización no sólo electoral, sino en aquella que muestra a una sociedad organizada que plantea alianzas con los partidos políticos de manera completamente autónoma.